

Espíritu mediterráneo y creación literaria

Un tema como el que nos hemos propuesto —«Espíritu mediterráneo y creación literaria»— no puede abordarse sin que, ya de entrada, nos preguntemos por el significado profundo de estas dos expresiones: «espíritu mediterráneo», «creación literaria». ¿Hay un espíritu común —un espíritu ejemplar— a todas y a cada una de las culturas que florecieron a orillas del mar Mediterráneo? ¿Es que lo grecolatino tiene algo que ver con otras culturas tan determinantes en la historia de las religiones y del pensamiento como la árabe o la judía? ¿El misterioso mundo egipcio —tan abocado a todo lo que está «más allá»— puede tener algo que ver con la cultura ibérica? La realidad de las islas de este mar —islas tan dispares y, a la vez, tan en sintonía— ¿tiene alguna relación con esa otra realidad que se vive en el interior de unas tierras que no tienen mar, pero que obviamente también son mediterráneas: con Micenas, con Florencia, con Tebas, con Granada? Esas grandes y ejemplares culturas diversas, ¿cómo pueden tener un *espíritu* común?

Y, sin embargo, más allá de toda duda, sabemos que existió (y que existe) ese espíritu genuinamente mediterráneo, común, esas culturas diversas (que, a veces, se enfrentarán de manera brutal), esa interrelación que siempre se mantuvo entre ellas, el trasvase de ideas, de pasiones y de —en no pocos casos— la fusión de las mismas. Hay, pues, una relación muy estrecha entre los pueblos de este mar por razones de comunicación, de intercambio y, a la vez —creo yo— por una poderosísima razón geográfica: por la presencia —en medio de toda esa gama de pueblos— del mar. Un mar que, por cierto, más parece un inmenso lago.

Las culturas y las ideas y los hombres son diversos, como afirmó Espriu, pero ellas y ellos han crecido y se han asomado a una misma realidad: la de ese mar casi cerrado, limitado, en el que por igual se extravían

los ojos; ese mar con el que hay que luchar, pero que a la vez permitía, ya desde la Antigüedad, tres rutas ordenadas y sistemáticas, según las estaciones del año: dos costeras y una entre islas. Ese mar que, allá al fondo —tras las columnas de Hércules— se abría al final de la tierra, a civilizaciones perdidas o quién sabe a qué abismos de los que las osadas expediciones no siempre regresaban.

Así sucede, por ejemplo, al final del canto XXVI del *Inferno* dantesco, donde se expone una situación que, en sintonía con la aspiración odiseica, yo procuré apresar en el canto VIII de mi libro *Noche más allá de la noche*. En ese poema, Dante recupera a un Ulises ávido de saber, que desea ir todavía más allá de las columnas con las que Hércules había fijado límites a los seres humanos. El relato dantesco es significativo, porque Ulises representa al ser humano que sabe que ha nacido para algo más que para vida animal (*viver come bruti*), ávido de virtudes y de ciencia (*virtute e conoscenza*) y al que incluso no le detiene el mismísimo amor de su discreta Penélope.

Ulises pagará ese exceso de saber que le está vedado a los humanos que desean ir más allá. También por eso lo encontramos en el Infierno entre los mayores pecadores. Algo parecido sucede en el viaje de los argonautas, donde se nos recuerda esa misma sensación de un tipo de viaje lleno de riesgo y de infinitud: «Ellos no sabían —escribe Apolonio— si viajaban por el Hades o sobre las aguas, y confiaron al mar su regreso, sin saber dónde les llevaba». A pesar de que los expedicionarios llevan con ellos al chamánico Orfeo, tampoco el jefe de la expedición, Jasón, se libra de un catastrófico final. La historia, además de Apolonio, la cuenta Eurípides en su *Medea*. Así que el Mediterráneo era también entonces tierra de límites, representaba simbólicamente en uno de sus extremos la realidad que está más allá de la realidad, la realidad inaprehensible.

Pero sin tener que ir tan lejos, los habitantes de la Antigüedad ya sabían que la extensión de su mar era *otra realidad*, es decir, una realidad que se hallaba en los límites de la vida y que, en cierta medida, está más allá de esa otra realidad —segura o difícil— que representan las naciones y los pueblos de cada cual. El mar es una realidad que ofrece el riesgo, el misterio y también la libertad. ¿Quién todavía hoy —frente a la extensión marina— no se siente libre, no libera a su pensamiento de las obsesiones y a su corazón de las fobias y recupera su libertad? No es raro, por ello, que —más allá de ideas, pasiones y guerras— este mar haya recibido desde la Antigüedad el calificativo de *nostrum*. Más allá de las diferencias, la mirada del campesino, del pastor, del marino, del comerciante, se encontraba con una realidad común; una realidad hecha de cosas abstractas y sutiles: de cabrilleos, de lunas, de aguas, de elementos de la naturaleza, de

labores y ciclos estacionales, de astros nocturnos y, sobre todo, de luz. La luz, que será quizás el más elevado símbolo de este mar. De los signos y símbolos de la cultura mediterránea —tan importante para conocerla y valorarla— hablaremos enseguida.

Ahora, lo importante es subrayar que sí existe un *espíritu común* mediterráneo y que —aquí radica el riesgo y la grandeza de esta idea— es a través de ese espíritu común, como los pueblos mediterráneos ofrecen sus mejores ejemplos; ese espíritu común que, más allá de las ideas y de los nombres concretos, de las fechas y de los acontecimientos de carácter histórico, habla un lenguaje *universal*. Aquí radica, a mi entender, lo mejor de lo que entendemos por espíritu mediterráneo: una manera de ser y de sentir universalizada. (¡Y qué poco tiene que ver esta manera liberal de ser y de sentir con los rebrotes de localismos, nacionalismos e integrismos que ahora mismo —a las puertas del siglo XXI— se están dando en estas orillas!).

Al pensar así, reparamos en todo lo que de más grande hay en el ser humano: su razón (o sentido común), la manera sencilla y natural de vivir, el humanismo en el trato, el sentido de libertad. Valorados enseguida estos cuatro dones —razón, vida natural, humanismo y libertad— reparamos en que son valores que en nuestros días están en peligro y que, en consecuencia, bien podemos decir que preservarlos es velar por el futuro de la humanidad. Debemos reparar en que caminamos hacia un mundo masificado, mecanicista, agresor con la naturaleza y lleno de tensiones bélicas, significa que el ser humano ha perdido esos valores que fueron paradigmáticos en el ámbito mediterráneo.

Dicho esto, no cabe duda de que la salvación de la Humanidad va estrechamente unida a la salvación de la cultura mediterránea, de su mar y, en definitiva, de su *espíritu*. No es raro por ello que, ya desde hace algunas décadas, pensadores y estrategas, poetas y políticos, hayan reparado en esa *tercera vía* para solucionar los problemas que es la *vía mediterránea*. Esta tercera vía se declara, de manera muy neta, en un texto de Miguel Ángel Moratinos, Director General de Oriente Medio, que llega a mis manos cuando estas páginas mías acababan de ser redactadas. En ese texto se proporcionan, de manera muy sintética, las claves físicas y filosóficas, espirituales y humanas, culturales e históricas, sociales, económicas y políticas del «ser mediterráneo». Este «ser» que tiene sus raíces en un entramado de constantes muy concretas, como son: la naturaleza y la obsesión por el origen de las cosas, las tres religiones monoteístas y el equilibrio familiar y hospitalario, la cultura común y la tolerancia, la protección del medio y el afán de diálogo concorde.

Es decir, frente a una radical y desgarradora división entre una cultura del norte y una cultura del sur, entre una cultura fundamentalmente

anglosajona y una cultura tercermundista, una cultura de los ricos y una cultura de los pobres, una cultura de orientación materialista y una cultura todavía sometida al primitivismo (y a la verdad) de lo misterioso y de lo ritual, la realidad mediterránea nos ofrece esa tercera vía que debiera proporcionar entendimiento y flexibilidad, que tiende a aproximar culturas y religiones, que unifica las ideas para fertilizarlas, que elimina injusticias e imposiciones, que trasvasa, dialoga y armoniza.

No es raro que, bajo este punto de vista, la sociedad vea en el progresivo incremento de la xenofobia, del racismo y de los imparable movimientos de emigración (y, sobre todo, en los desequilibrios económicos) males que pueden alterar gravemente la convivencia en nuestro tiempo. Estos enervados y complejos comportamientos y el deterioro de la naturaleza, son los dos grandes males que, sin duda, van a afectar a este final de siglo y que nos hacen adivinar un comienzo del próximo lleno de peligros. Hablando del deterioro de la naturaleza, no debemos olvidar que en él juega un papel primordial la degradación del mar Mediterráneo, vertedero de algunas de las zonas industriales más industrializadas.

Pero frente a la escisión norte-sur, frente a un Mediterráneo que sólo sea una tensa frontera de opuestos, preferimos verlo como un mosaico que acoge razas, lenguas, naciones, ideas y sentimientos. Todo vale, pero siempre que se respete la realidad común que ofrece esa otra «nación» —sin tierra, por cierto, sin ideas y sin pasiones— que es el mar. Todo vale y es posible siempre que seamos fieles a esa realidad, traspasada por lo intemporal, que es el espacio marino y sus costas; una realidad —ya lo hemos dicho— que exige sencillez y naturalidad en la vida y un claro grado de libertad; don o aspiración este último que el tópico define como un modo de sentir y de pensar (de *ser*), que termina donde comienza la libertad de los demás.

La libertad es, creo yo, al mismo tiempo que algo teñido de respeto y de aceptación, algo que se recibe —otro don—, un reflejo de lo que está más allá —de lo misterioso— y que luego el hombre proyecta en sus obras de creación. La libertad proporciona, pues, al hombre mediterráneo un quinto don que también es clave en las culturas mediterráneas: el don de vivir para lo trascendente. El hombre de este mar vivirá en armonía o en lucha con su mar, pero a la vez sabrá que hay otra realidad sin rostro que no cesamos de ansiar y hacia la que no cesa de fluir la vida humana. La muerte será el límite y el umbral de esa aspiración. La muerte o esa idea de la muerte, vista como segunda realidad, que está presente en la tragedia, en la mística, en el pensamiento trascendental.

Acabo de hablar de que el hombre mediterráneo necesita proyectar y comunicar la libertad, la luz del propio conocimiento que se le revela. Llegamos así al segundo de los conceptos de mi exposición: *creación literaria*.

Desde la Antigüedad, el hombre de este mar proyecta sus ideas y sus preguntas, su saber, a través de sus obras de creación artística; algunas de las cimeras, son las obras literarias. Aquí también sí que el *espíritu mediterráneo* es —planetariamente hablando— ejemplar. No se puede concebir la cultura de la Humanidad —sus progresos— sin la fusión entre filosofía y ciencia que se dio en los presocráticos, sin la lírica de los grecolatinos, sin Platón y los neoplatónicos, sin los libros sapienciales bíblicos, sin el cristianismo, sin la poesía y la mística árabes (que se funden en poéticas extraordinarias, como las de Dante, Raimon Llull o San Juan de la Cruz). No se comprende la valoración y refundición de la mejor cultura de la Antigüedad sin el Renacimiento italiano.

No se comprende tampoco esa aspiración hecha de naturaleza y de abismo, de pasión y de libertad, que fue el Romanticismo —así como las ideas políticas que este movimiento desencadena— sin tener presente que sus representantes buscaron en el Mediterráneo un espejo para sus ideas. También la serenidad y la armonía que contrarrestaran sus exacerbadas ideas, su afán de ir más allá a través de las vías de los sentidos. La fértil y bien entendida y necesarísima idea —en modo alguno tópica— de «redescubrir» el Mediterráneo, que precisamente de manera muy saludable han hecho patente los nórdicos o gentes ajenas a este mar; idea —la del tópico— en la que algunos lectores de estas líneas probablemente estarán pensando en estos momentos con resabiada ironía.

Los más negros y hoscos paisajes —llenos de abismos y de luces sombrías —los de Caspar David Friedrich, por ejemplo— se verán compensados con la contemplación (o la ensoñación) de un espacio más sereno, ese en el cual, según Goethe, brilla «el limonero en flor»; ese espacio en el que para Keats «verdad y belleza» son una misma cosa y en el que para Shelley «el poder divino lo aquieta todo». También ese lugar en el que según Hölderlin «los cantos son piadosos y las sombras sagradas». Se apreciará que estos nombres que he citado no son propiamente de gentes crecidas a orillas del Mediterráneo. Ninguna prueba mejor de que el Mediterráneo provoca saberes e incita a la interrelación de culturas que este fenómeno de los románticos nórdicos y centroeuropeos «descubriendo» el Mediterráneo, extrayendo de sus luces y de sus obras verdades y luces de siempre. Así que en el fondo del viejo tópico «descubrir el Mediterráneo» se halla también una honda verdad.

Ese último verso que he citado del *El Archipiélago* de Hölderlin, así como los anteriores, matizan muy bien la sutil realidad mediterránea que he intentado apresar hasta ahora. En ella, la verdad, la belleza, la Divinidad, la quietud, los cantos, la piedad, lo sagrado, son símbolos de una extraordinaria trascendencia existencial y estética. Que el canto de los

humanos sea piadoso y las sombras —es decir, todo lo que hay de oscuro en la vida— sean sagradas, prueban que el ser ha recuperado su equilibrio. O al menos sabe dónde el equilibrio puede estar: en una realidad de mansedumbre y de medida. ¡La medida...! El reverso o el sinónimo de aquel «nada en exceso» que se leía en los frontispicios de las ciudades sagradas de Grecia.

La mediterránea es, pues, una realidad valiosa, ejemplar, digna de ser preservada y vigorosa en sus ejemplos; no sólo por lo que es en sí misma y en sus seres, sino por las obras que provoca y madura y, en concreto, como ya hemos dicho, por las obras literarias que —se me permita el uso de otro tópico— esa realidad siempre ha *inspirado*. Inspiración tan unida —en su significado más puro— no a lo fugitivo y a lo evasivo, sino al *ritmo*, otra de las claves más decisivas del espíritu mediterráneo. El ritmo que la respiración propaga y que los monjes hesiquiastas reciben no sé de qué remotas fuentes orientales. Recordemos que la breve y oscura biografía de aquel padre de todos los místicos que fue Lao Tse, nos cuenta que éste desapareció un día montado en un búfalo en dirección a Occidente. A mí siempre me ha gustado jugar con la imaginación y suponer que, bien él o su doctrina, llegaron un día a un ignoto lugar del Asia Menor, donde crearon una colonia que llegaría a ser la fuente de un saber europeo de marcado carácter universal.

Este mismo tipo de saber se propagará, a su vez, a través de autores como Heráclito, en el que la oscuridad, los enigmas y el hermetismo de los conceptos, están llenos, a la vez, de una luminosidad especial. Con razón se ha dicho que «desde hace veinticinco siglos el fuego de Heráclito no ha dejado de arder, mientras que los sistemas científicos se han ido apagando uno tras otro» (Jean Brun, *Heráclito*, pag. 15). En Heráclito se da también esa *armonía de contrarios*, de raíz oriental —la que a mí me gusta imaginar que trajo Lao Tse en su legendario viaje hacia el Occidente— de la que tanto se ha nutrido el espíritu mediterráneo y en la que quizá se fundamenta lo mejor de ese espíritu. «Todo es uno», «la armonía oculta vale más que la armonía visible», «los que buscan oro cavan mucho y encuentran poco», «es más necesario sofocar la desmesura que un incendio...» De sabias sutilezas como éstas está hecho el pensamiento de Heráclito, en el que el espíritu mediterráneo se refleja y propaga a veces de manera imperceptible.

Heráclito fue también el autor del siguiente pensamiento que nos va llevar a otra de las claves del espíritu mediterráneo: «La sabiduría no consiste más que en una cosa: en conocer el pensamiento que todo lo gobierna a través de todas las cosas». Es decir, sólo sabe aquel que observa, aquel que contempla. Porque el hombre mediterráneo gana su libertad y crea

sus obras tras un proceso de *contemplación*. Libertad y saber se le revelan al hombre de este mar simplemente porque contempla, porque, como señala Heráclito, observa «las cosas», cree en la naturaleza y se mantiene fiel a ella. ¿Y dónde se lleva a cabo la contemplación? La contemplación se lleva a cabo en lo que Mircea Eliade llamaba el *espacio fundacional*, un lugar de la naturaleza —generalmente desnudo de signos históricos— donde el ser humano, sin más, hace preguntas. El ser pregunta para aplacar su ansiedad, el ser pregunta para saber de lo que no sabe.

Dos autores nos servirán muy bien para poner de relieve esta idea tan significativa, tan mediterránea: la de que el ser humano contempla, se le revelan las verdades en un espacio fundacional, privilegiado. En mi libro *El sentido primero de la palabra poética*, hay un capítulo —complementario de estas páginas que ahora escribo—, el titulado «Paisaje mediterráneo y teoría lírica», en el que recuerdo a Hesíodo como el primer poeta que como tal se nombra a sí mismo. Este nos dice en el comienzo de su *Teogonía* que las Musas se le aproximaron, mientras cuidaba de su rebaño en las laderas del Monte Helicón, para infundirle voz divina, el don del canto. Esa comunicación se da en un lugar apartado. El poeta-pastor no hace otra cosa que contemplar. Y acaso —como el pastor asiático del poema de Giacomo Leopardi— hace preguntas a los astros y a la luz: *Che fai tu, luna in ciel?(...) a che vale/ al pastor la sua vita/ la vostra vita a voi? dimmi: ove tende/ Questo vagar mio breve/ Il tuo corso immortale? (...A che tante facelle?(...) che vuol dir questa/ solitudine immensa? ed io che sono?*

¿Y yo quién soy? Esta es una pregunta muy simple, muy elemental, a la que los escritores del Mediterráneo procurarán dar respuesta de dos maneras: o bien razonando (haciéndose preguntas como el pastor del canto leopardiano) o bien sintiendo (en un estado de extravío, de ebriedad en el que no se razona, sino que simplemente se siente y se recibe el mensaje que la Divinidad concede). Este segundo recurso —aunque de manera muy extremada e inaceptable para los descreídos poetas de nuestro tiempo— está muy bien reflejado en un pasaje de un temprano diálogo de Platón: «(El poeta) no está en disposición de crear antes de ser inspirado por un dios que se halla fuera de él, ni antes de haber dejado de ser dueño de su razón» (*Ion*).

Hay, por tanto, en el hombre mediterráneo, esa doble actitud frente al conocimiento —la del sentir y la del razonar—, que dará lugar a dos de los géneros más preclaros nacidos a orillas de este mar: la lírica y el pensamiento. A los europeos nos gusta decir que son géneros que nacen a orillas de este mar, en Grecia. A mí, sin embargo, me gusta dejar siempre abierta una vía hacia las influencias de Oriente, pensar que nuestras más primitivas —por primeras— formas de conocimiento —orfismo, pitagorismo,

maravillosa sabiduría de la dualidad y de la unidad en Heráclito— se nutren, como ya he supuesto atrás, de fuentes orientales. Hay un posible y oscuro trasvase de ideas a través de algún punto del Asia Menor, de las costas de Jonia, que a Hölderlin no le pasó inadvertido. Pero no hay que olvidar tampoco los viajes de Platón y de otros pensadores a Egipto, o la marcha de Alejandro Magno hacia el Punjab, en India, en busca de no se sabe bien qué fuentes de saber. En los *Edictos de la ley sagrada*, de Asoka, que Rodríguez Adrados ha traducido y prologado con claridad y sabiduría, encontramos muchas de estas significativas claves que comentamos. Oriente y Occidente se funden y confunden, trasvasan, filtran, enriquecen, a través de movimientos espirituales, grupos y autores. Así, el gnosticismo, los Padres del desierto, las ya citadas leyes de Asoka, las obras de Orígenes, el Pseudodionisio, Hermes Trimegisto, San Agustín, la Escuela de Alejandría y, de manera muy especial, las místicas cristiana, judía y árabe.

Así que ese espacio a orillas del Mediterráneo, esa ladera escabrosa o ese acantilado que miran hacia un hermoso mar, serán decisivos para la construcción de la cultura mediterránea. En él sólo hubo en los orígenes un pastor que contemplaba, pero más tarde se alzó un pequeño templo o eremitorio, y luego grandes teatros semicirculares de piedra, monasterios, palacios que, al fin, configurarán ciudades bien urbanizadas y de una gran belleza. De una a otra orilla del Mediterráneo, se repiten esos espacios fundacionales en los que el ser humano hace preguntas decisivas y obtiene respuestas. Nacen así enclaves como Delfos, Sunion, Epidauro, Siracusa, Paestum, Cartago, Alejandría, Roma, Athos... La lista de estos enclaves, decisivos para el espíritu de este mar, sería interminable.

Pero el hombre mediterráneo no vive de espaldas a su mar. A su vez, es un hombre que viaja, que abandona la ladera escabrosa y sale en busca de la verdad a través de lo que Homero reconocía como el *vinoso ponto* o *el mar de color violeta*. Antes recordábamos ya el significativo nombre de Raimon Llull: él luchará con sus ideas y creencias, las asumirá, refundirá y pretenderá imponerlas. Para ello tendrá que viajar. El será uno de esos mediterráneos de excepción que combinará la acción con la contemplación. En el sosiego y silencio de su refugio de Miramar, acabará encontrando acaso la verdad que no le proporcionaron sus ansias viajeras y, por supuesto, cierto afán dogmático muy propio de los erizados tiempos que le tocó vivir.

Pero también ha salido en esta intervención el nombre de Homero. En sus dos grandes poemas —*la Iliada*, *la Odisea*— sí que se nos ofrece ya una cosmogonía del hombre mediterráneo. La experiencia humana y los sueños se hacen creación viva en estos textos, creación en su estado puro. En ellos encontraremos las más crueles verdades bélicas y las más apacibles

ensoñaciones. Homero esboza en su *Iliada* la trama de lo que los trágicos griegos analizarán en detalle: la venganza, la justicia, el orden, la culpabilidad, los amores y odios y, sobre todo, esa presencia terrible del hado o destino, que parece jugar con las vidas de los seres humanos a espaldas de las decisiones que éstos tomen. Pero será en la *Odisea* donde realidad e irrealidad, voluntad humana y rigurosas decisiones de la Divinidad, se van a fundir, creando un entramado que todavía hoy nos sorprende por su veracidad, por su poesía y, sobre todo, por la capacidad de despertar en nosotros mitos y símbolos. Ahora, el ser humano que pregunta y contempla desea ir *más allá*, como vimos en el pasaje de Dante. Por eso hará del mar un nuevo *espacio fundacional*. Un episodio como el homérico de las sirenas será su más radical expresión. Ahora el ser humano que quiere ir más allá, que desea saber del misterio, tiene que ser amarrado al mástil de una nave, pues no sólo corre el riesgo de perder su razón sino también su vida.

Es probable también que este pasaje homérico ponga de relieve una de las más antiguas aspiraciones de los habitantes de este mar: la de la búsqueda de la armonía, la de dar con una verdad (o con un *ritmo* o *sonido*) que deshaga los extremos, que quiebre la dualidad feroz que en cada momento divide al ser humano. En los orígenes de esta aspiración se halla otro poeta mítico de nuestro mar y sus peripecias: Orfeo. Hemos hablado de dar con una «verdad» o con un «sonido». Aquí tenemos, una vez más reflejadas las dos vías del conocimiento: la del corazón y la de la razón, la de la lírica y la del pensamiento, la de lo divino y la de las leyes que los humanos establecen. El poema, el canto, la plegaria, la salmodia, la música, el *ritmo*, en una palabra, serán los medios para lograr esa armonía que la vida habitualmente no proporciona. O para contrarrestar la fuerza del terrible Hado.

El hombre no canta u ora simplemente por «escapismo», para huir de la realidad sino para contrarrestar esa realidad, para comunicarse con lo Superior. El hombre necesita del poema, de la música, de la plegaria, para poner armonía en su cotidianidad, para limar excesos, para ponerse en sintonía con la Unidad que el Todo supone. «Todo es Uno y todo es diverso», había escrito Platón con unas palabras que más recuerdan las de los que griegos y romanos reconocían como gimnosofistas, es decir, los primitivos pensadores del Oriente.

A mi entender, algunos poetas de este mar han sido los que mejor han sabido armonizar su palabra con el mundo que les rodeaba. De Homero a Horacio, de Dante a Fray Luis de León, de Valéry a Seferis, de Jorge Guillén y Aleixandre a Espriu y Carles Riba, estos poetas han hecho del poema un microcosmos de armonía. Es como si el poeta hubiera apresado en síntesis, en imágenes (y siempre con la musicalidad debida) la verdad

de este mar. Hay, sí, un Mediterráneo de la guerra y de los viajes, del comercio y de la historia, pero el Mediterráneo esencial es el que nos revelan determinados poetas. Ellos no van a ignorar las tensiones entre razón y corazón, las preguntas, la ansiedad que supone vivir y, por supuesto, el fenómeno de la muerte, pero nos van a ofrecer todo esto filtrado por la experiencia de la contemplación, serenado por la experiencia de la contemplación, armonizado por la experiencia contemplativa. Sería abrumador recoger aquí ejemplos de cómo la palabra poética revela, armoniza y salva al hombre.

Hemos aludido a Fray Luis y recordemos que él, como Leopardi, también es un poeta que hace preguntas primordiales y esenciales, comenzando ya por esta primera de inspiración platónica: *¿Cuándo será que pueda/ libre de esta prisión volar al cielo...?* Y continúa Fray Luis:

*¿Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
podrán vivir de sombra y solo engaño? (...)
¿qué norte guiará la nave al puerto? (...)
¿Qué tienes del pasado
tiempo sino dolor? ¿Cuál es el fruto? (...)*

Aunque persona nacida en tierras del interior, Fray Luis de León nos recuerda que el hombre que se halla en la órbita del *espíritu* mediterráneo es también en sus momentos de máxima armonía, el señor del *locus amoenus*. En él, ese contraste entre las acechanzas del mundo y la vida retirada es paradigmático. Desde su huerto de «La Flecha», en las orillas del Tormes, no hace otra cosa que propagar la experiencia horaciana y ésta, a su vez, la de los epicúreos y la de los bucólicos griegos. No es raro encontrar, como ya hemos señalado, esta profunda identificación con el ser y el mundo latinos en escritores de la Europa interior. Los límites de la mediterraneidad son muy difusos y, con frecuencia, lejos de las costas, el ser humano es consciente de sus últimas raíces, de sus orígenes. Así, por ejemplo, se da en el poeta cordobés Ricardo Molina, un Góngora del siglo XX, poeta central del grupo y de la revista *Cántico*, al que hoy el mundo editorial y la sociedad literaria tiene relegado al mayor de los silencios:

*Y ahora me doy cuenta, y esto es irremediable,
de que no soy un hombre de mi tiempo.
No, yo debí nacer en las islas del mármol,
cuyas playas doradas baña el Mediterráneo.*

Y el poeta no sólo se da cuenta de que pertenece, en el fondo, a otra realidad geográfica —la que las islas griegas representan— sino que incluso reconoce algo mucho más importante: que el *tiempo* que vive no es el

suyo, que hay otro tiempo más intenso, más sutil, más perdido, en el que la palabra del poeta fija su meta.

Insistiendo en los poetas andaluces, recordaba yo en el último de mis libros publicados, *Rafael Alberti en Ibiza. Seis semanas del verano de 1936*, cómo en el fondo de la experiencia de unas semanas pasadas por Alberti en Ibiza, en el verano de 1936 (y más allá del estallido de la Guerra Civil), se encontraba el reencuentro del poeta con un espacio fundacional, con el espacio ameno que él reconoció con gran verismo como propio de «una isla de Teócrito». Alberti es un poeta muy de nuestro tiempo y su vida se ha visto traspasada por ideologías y experiencias históricas, pero cuando en un libro como *Retornos de lo vivo lejano* tenga que evocar días de riesgos y tensiones, lo hará a través de versos como éstos:

*Era como una isla de Teócrito. Era
la edad de oro de las olas. Iba
a alzarse Venus de la espuma. Era
la edad de oro de los campos. Iba
Pan nuevamente a repetir su flauta
y Príapo a verterse en los jardines...*

Así que nos encontramos, en pleno siglo XX, con el poeta que tiene que fundir el mito (Venus) con el lirismo más arcaico (Teócrito) para no extrañarse, para no verse perturbado por la Historia y sus hechos, para explicarse el mundo, para salvarse de la terrible realidad. Venus, Teócrito, Pan, Eco, Príapo... Otra vez el espacio ameno, el mito, los arquetipos bucólicos: la presencia mediterránea y su ejemplo, tantos siglos después, fertilizando el nuevo tiempo.

Todo cuanto hay en los seres humanos de diverso y de tenso, lo deshará un poeta como Espriu en dos breves versos y, concretamente, en la utilización de una antigua, desgastada y, si quieren pensarlo así, tópica palabra: amor. Son dos versos que fijan de manera extraordinaria la realidad diversa y unificada a la vez que, en su esencia, supone el espacio mediterráneo:

*Diversos són els homes y diverses les parles
i han convingut molts noms a un sol amor.*

(Diversos son los hombres y diversas las hablas
y han convenido muchos nombres a un solo amor.)

Ahora, el autor catalán ha tenido que hacer uso de un no menos antiguo remedio: el del amor de raíz cristiana que, como hemos dicho, es otro de los grandes hallazgos que se dieron a orillas de este mar. El propio Espriu nos había recordado que más allá de las ideas y de las lenguas de cada cual, en el Mediterráneo *manen el silenci/ i la solitud* («Mandan el silencio y la soledad».)

Espriu desvelará también, con gran delicadeza, los antiguos mitos de este mar, comenzando por el de Teseo, Ariadna y el laberinto. También rescata y fija uno de los símbolos de este espacio: el del cementerio. A él le dedicará de manera expresa todo un libro, *Cementeri de Sinera*. Como hará Valéry en *El cementerio marino*, Espriu nos recuerda que el cementerio y la muerte que éste contiene no son otra cosa que el reverso de la luz. Ahora el espacio en el que se hacen las preguntas no es ni un bucólico rincón de la naturaleza virgen, ni un templo, ni una pequeña ciudad colgada de un acantilado. Ahora, el espacio fundacional es el cementerio. De esta manera, la presencia de la muerte, el sentido trascendente la misma, no ha podido ser más dignificado. No olvidemos, por ello, que ese afán de trascendencia va más allá de toda necrofilia; no olvidemos que como en alguno de los poemas de Luis Cernuda, el cementerio sólo es, en el fondo, un jardín, otro jardín.

Así que, en su afán de contemplación, síntesis y amor, el poeta mediterráneo logra humanizar hasta la mismísima muerte. Nadie, en este sentido, logró hacerlo mejor que Dante y, concretamente, en estos sobrecogedores versos que asumen con piedad, hasta los últimos extremos, la muerte de la amada. El poeta llega a ver a la muerte en *Donna pietosa* como algo dulce por la simple razón de que la muerte ha estado en el cuerpo de su amada, ha tomado posesión de ella:

*Morte, assai dolce ti tegno;
tu dei omai esser cosa gentile,
poi che tu se' ne la mia donna stata.*

(Muerte, por algo muy dulce te tengo:
tú debes ser algo muy amable,
pues que has morado en el cuerpo de mi amada.)

Sin embargo, más allá de toda muerte, el poeta florentino también supo apresar la *soave armonia*, el *dolce tempo che riscalda i colli*. Todo cuanto hay de bello, de verdadero, de armónico, madurará entre una y otra orilla de su patria, entre Adriático y Tirreno, en las colinas de Florencia. El Renacimiento, ya lo hemos dicho —del que Dante será un avanzado precursor— será el fruto más logrado de ello.

Además de simple naturaleza, templo, cementerio o pequeño pueblo, el espacio fundacional que está colgado entre rocas, sobre el mar, o que cercan la soledad de las arenas de una playa, puede ser también representado por un eremitorio o monasterio. Otro poeta de este mar, el valenciano Juan Gil-Albert, anula toda muerte y neutraliza toda pasión en la meditación que hace junto a un monasterio griego. El monasterio y su espacio nos hablan de algo que está más allá de la muerte, del silencio, del sueño:

*...allí quiero entornarte
mundo de mi pasión, cual si una siesta
fuera a dormir en pleno mediodía.*

Vuelve a surgir, como vemos, el decisivo y sugestivo tema de la contemplación. Contemplación y meditación que se hacen incluso fuera de la tierra y de las costas. Un poeta como Seferis encontrará en el fondo del mismo mar esa verdad que Espriu halló en los mármoles y en los cipreses de los cementerios: un amor, ahora, no tanto de raíz evangélica sino pan-teísta, muy universalizado, cósmico si se quiere:

*En las grutas marinas
hay una sed, hay un amor
y un éxtasis
tan duros como las caracolas.*

De esta manera, lo más voluble y lo más engañosamente invisible es lo más fuerte y duro, pues tiene incluso la dureza de las caracolas: el amor. El amor de raíz cristiana, pero refundido con las verdades de la sabiduría oriental, es decir, universalizado, que se ensancha y difunde con las naves que van y vienen por este mar, con los viajes en concreto de Pablo de Tarso. Otro poeta griego, Ritsos, encontrará, por el contrario, el mar en lo más elemental, en lo más aparentemente burdo e inservible, en algo que, sin embargo, ya la psicología de Jung reconocía como «energía indestructible»: en las piedras. ¡Las piedras...! Otro de los grandes símbolos de las orillas de este mar. Las piedras muertas y las piedras vivas de columnas y dinteles, las de los geométricos edificios y las humilladas por la guerra, la maleza y el abandono de las ruinas fértiles, las piedras labradas y las piedras gastadas, las *piedras del amor* de Ritsos:

*....sentarnos en la piedra, y esperar;
esperar de nuevo, aspirando con placer
el humo del fuego de los muertos.*

¡Respirar con placer/ el humo del fuego de los muertos...! Estamos ante un lenguaje que nos recuerda el de otro autor que ya hemos citado, Heráclito. Leyendo a Ritsos recordamos aquel misterioso pensamiento de «el Oscuro»: «Las almas olfatean en la morada de Hades». Estamos, pues, por seguir utilizando la terminología de Heráclito, ante el lenguaje de unos hombres «enteramente purificados», es decir, de una sabiduría extremadamente decantada, secular, en el fondo de la cual —más allá de la contemplación, y de la serenidad y de la armonía que de ella se puede extraer— hay incluso otra armonía interior. También esto tenemos que subrayarlo con las palabras de Heráclito: «La armonía oculta vale más que la armonía

visible». Esta llamada tiene su reverso cristiano en las páginas más bellas del evangelio de Mateo: «entra en tu habitación, cierra la puerta y ora». Había nacido, sin más, la hora del conocimiento interior del ser, frente a aquellos otros dos en los que comenzamos reparando: el conocimiento de razonar en el ágora y el de sentir de los poetas y músicos.

Así que hay algo en el interior del hombre, algo que está más allá del hado y de esa muerte que, a veces, la tragedia griega nos ofrece con tan extremada crueldad. Algunos de los más preclaros creadores mediterráneos han sabido también deshacer, neutralizar todo mal, toda condena. Deshecho lo que María Zambrano ha llamado en feliz expresión el «nudo del trágico existir», el poeta mediterráneo vuelve a su serena contemplación en ese espacio fundacional en el que madura *il dolce tempo che riscalda i colli*.

Quizás, tras saber que la existencia no es otra cosa que asumir la muerte y utilizar la fuerza del amor, al escritor mediterráneo sólo le queda leer en los signos y en los símbolos de su mar. Primero, en aquellos que han sido fruto de la Historia y del carácter fundacional de la presencia humana: el muro, el pozo, la nave con sus velas y sus remos, los templos, los monasterios, los teatros, las ciudades. Así como, no lo olvidemos, las ruinas de todo ello. Luego, el hombre ha dispuesto de unos símbolos menos humanizados, pero mucho más sublimes, es decir, los naturales: el bosque, los rebaños, la isla, el ave, la fuente, las grutas, los jardines, los delfines, los astros, la propia mar y, sobre todo, la *luz*. Esa luz que —como hemos comenzado recordando— no sólo es una luz física que, a la vez, unifica y tornasola la realidad, sino la luz del conocimiento, la luz del sentir y del razonar por igual, la luz que habla —mejor que nada— de ese *espíritu mediterráneo* en el que creemos y debemos seguir creyendo, pues nos va en ello la vida, nos va en ello nuestra salvación.

Antonio Colinas